

Desde entonces el cine es el puñal que ha traspasado más pechos inocentes.
¡La verdadera ratonera del Infierno!

3º Actualizando este relato.

La historieta transcrita, que versaba sobre el cine y nosotros adaptamos a la televisión, la escribían los Padres Jesuitas en su revista *Hosanna*, de la *Cruzada Eucarística*, a mediados del siglo pasado. Desde entonces, ¡qué inmensos progresos ha hecho el demonio de los niños y de los no tan niños!

- *El cine en sí mismo, ¡qué prodigios de seducción no consigue ahora con todas las nuevas tecnologías, y no precisamente para presentarnos vidas de santos, sino aventuras llenas de violencia, de escenas sensuales, de mundos mágicos rayanos con el esoterismo y el espiritismo, de temas en abierta contradicción con la enseñanza de Cristo y de la Iglesia!*
- *La misma televisión, que así introduce todo ese mundo de la imagen en nuestros hogares, dejando a los chicos totalmente desarmados ante ella, ya parece haber quedado desfasada con la computadora, con las películas por internet, con todas las series cuya trama es siempre a base de infidelidades y amoríos...*
- *Es más, todo ese mundo de seducción audiovisual ya está a nuestra disposición gracias a ese aparatito minúsculo llamado celular, smartphone o móvil, que hoy en día posee cada uno de nuestros hijos desde los 13, 14 o 15 años, y que ningún padre controla o puede controlar, no del todo por lo menos.*

¡Ah, cuántos de nuestros chicos y chicas siguen atrapados en esta **ratonera del Infierno**, entregados a la acción perniciosa del Príncipe de este mundo, sin que sus padres siquiera lo sospechen ni hagan nada por protegerlos! *Películas, clips de música* (impúdicos a más no poder), *músicas y canciones, fotos compartidas, videos subidos de tono, bromas y tonterías*, ocupan el alma de nuestros jóvenes varias horas al día. ¿Veremos a tiempo los peligros enormes a que quedan expuestos? ¿Lograremos evitar a tiempo las terribles heridas que les dejan en el alma? ¿Podremos conjurar a tiempo las nefastas consecuencias en orden a una vida cristiana, virtuosa y santa?

Sólo comprenderán la esclavitud
 que les prepara esta temible trampa,
 quienes se acuerden de que
 el hombre está destinado al cielo,
 y que esta meta exige la preservación de su
 inteligencia, memoria y voluntad ordenadas a Dios,
 para que la obra de la gracia crezca en ellos.

La ratonera del Infierno

El salón de sesiones del Infierno ofrecía ese día un aspecto deslumbrador: rojas colgaduras de llamas pendían de los muros de fuego; en el fondo figuraban, en marcos incandescentes, los retratos de Judas, Caín, Nerón, Lutero y otros ilustres condenados.

En el centro del salón, sobre un estrado elevado, sentábase Su Majestad Satanás, rey absoluto de aquellas regiones infernales.

Importante era la solemnidad que aquel día celebraba el Infierno: los demonios tenían que comparecer ante Satán para darle cuenta de toda la gente que habían condenado.

1º Rendición de cuentas de los demonios a Su Satánica Majestad.

Como estaba convenido, todos los demonios, según su condición y oficio, fueron desfilando ante el monarca del Infierno. El demonio de los aristócratas presentó una lista de 200.000 almas condenadas. Vino luego el demonio de las mujeres indecentes, con una carpeta llena de hojas y hojas de nombres; y el demonio de los ladrones, y el demonio de los murmuradores y calumniadores, todos con largas listas. Seguía el demonio de los perezosos, y el de los blasfemos, y el de los borrachos, y el de los envidiosos, y el de... pero, ¿para qué continuar? Aquello era un desfile largo, larguísimo, el cuento de nunca acabar.

Así fue desfilando lo que hay de más malvado en el Infierno, en medio de hurras y felicitaciones, que pusieron el ambiente al rojo vivo.

Y vino por fin el **demonio de los niños**, el cual, todo tembloroso y triste, se dejó caer de rodillas ante el trono de Satanás.

–¿Qué traes tú? –dijo el monarca, arrugando su peludo entrecejo.

–Yo, señor... –dijo el pobre diablo-. Verá Vuestra Majestad... He trabajado mucho, pero...

–¡Hechos, hechos, no palabras! –exclamó Satanás, echando llamas por la boca-. ¿Cuántos niños has traído al Infierno?

–Señor, no he podido traer ninguno...

–¡Cómo!! –exclamó Satanás, encendido de ira y dando un tal puñetazo en la mesa, que aterró al Infierno entero-. ¿Y te atreves a presentarte delante de mí con las

manos vacías, demonio maldito? ¿No sabes que para mí los niños son el bocado más exquisito?

–Señor, es que como dijo Aquél: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», no hay uno que caiga en el Infierno: los defiende... Y además, tienen esa «Cofradía de San Esteban» que los ayuda...

–¡¡Calla, calla!! –rugió Satanás, echando fuego por los ojos–. ¡Eh, vosotros cuatro, agarradle y dadle una buena tunda de palos!

Cuatro demonios, como cuatro leones furiosos, agarraron al desdichado, que aullaba como lobo atrapado en la trampa; y tendiéndolo en el potro, le dejaron en carne viva a pueros golpes.

–Que conste –le dijo entonces Satanás– que si no me traes la próxima vez un buen cargamento de niños, los tormentos que vas a padecer no te van a dejar ni el nombre de demonio.

2º Reflexión y táctica del demonio de los niños.

Pasó el tiempo; y ya curado del vapuleo y con la piel llena aún de moretones, salió el pobre diablo del Infierno, decidido a cumplir las órdenes de su amo, pues había visto cómo las gastaba y no bromeaba. Caminó meditabundo durante mucho espacio, con el rabo entre las piernas. Ya lejos de la morada infernal, se sentó en un alto y desnudo peñasco, y siguió pensando y pensando... De pronto se puso en pie de un brinco, arqueó su largo rabo e irguió con orgullo su cornuda cabeza:

–¡¡Ya son míos!! –gritó alegremente, emprendiendo a través de los campos una carrera verdaderamente diabólica...

Sabemos que estuvo en París, en Nueva York, en Hollywood y en otras capitales europeas con verdaderos sabios; después, con unos cuantos banqueros de perfil judío; después...

Este pobre satanelo infantil, *¡se había convertido en el más temible demonio!* Estaba orgulloso de *su obra*, que le salía a pedir de boca... ¡Cómo deseaba que llegase de nuevo el día de rendir cuentas!

Y este llegó por fin. Satanás ocupaba su sillón de alto respaldo, asistido de sus secretarios, cortesanos, guardias y verdugos. Idéntico proceso al que ya conocemos, idénticas cuentas, idénticas felicitaciones de Satanás: se ve que el Infierno y la Humanidad no varían.

Después del desfile de los cabecillas, le tocó el turno al demonio de los niños, y entró diabólicamente orgulloso y mirando a todos sus colegas por encima del hombro.

–He cumplido las órdenes de Vuestra Majestad y he logrado traer al Infierno, desde nuestra última sesión, millares de almas más que cualquiera de los demás demonios. Dígnese Vuestra Majestad mirar por esta ventana.

Dirigió el monarca una mirada sobre la inmensa muchedumbre de niños y niñas que se acercaban con los ojos desorbitados de pavor, y no pudo reprimir una exclamación de asombro:

–¿Qué has hecho para conseguir toda esa inmensa cosecha?

–Señor, inventé el gran artilugio del Infierno, y lo voy a patentar: inventé ¡¡EL CINE!!

–Algo he oído sobre él: habla, habla...

–El cine es el anticipo del Infierno: hervidero de pasiones y apetitos inconfesables; escuela de perversidades y de pecados precoces; laboratorio de los peores tóxicos del alma infantil...

–¡Bien! ¡Bien! ¡Hurra! –exclamaron todos los demonios, rompiendo el protocolo e interrumpiendo al orador.

–Sigue, sigue. ¡Esto da gusto!

–En sus salas impera la violencia y la iniquidad, triunfa la impureza, domina el vicio, y se mancha toda inocencia.

–¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! –siguieron exclamando todos los diablos, a la vez que levantaban entusiasmados sus tridentos.

–El cine es el crisol de la más depurada malicia. Es la ratonera de las almas. La música y las bellas artes que le prestan su atractivo y sus encantos son el cebo. ¡Y cómo pican los pobres niños!

En aquel mismo momento unas salas oscuras y lujosas, verdaderas compuestas infernales, se abrieron para sepultar en las calderas a miles y miles de almas infantiles. ¡Eran las salas de cine! ¡Era la cosecha de aquel día!

–¿Y cómo te las has arreglado para lograr que el cine impere?

–Señor: primero empecé por imponerlo, por su novedad científica, como un simple espectáculo, completamente inocente; logré después que las familias llevaran a sus hijos los domingos: así santificaban –permítame esta frase de sacristía– los días festivos... Y hoy he conseguido que lo consideren como un alimento diario, como artículo de primera necesidad para sus hijos, ¡aun padres y madres católicas!, introduciendo el cine en las casas por medio de otro de mis inventos, LA TELEVISIÓN...

La ovación fue inenarrable. Satanás, con todos los diablos, diablitos y satanelos de menor categoría, puestos de pie, no cesaban de gritar levantando los puños en alto:

–¡Cine! ¡Cine! ¡Cine! ¡Tele! ¡Tele! ¡Tele!

Y este grito unánime se convirtió en consigna del Infierno.

Satanás se levantó de su trono, dirigió al inventor del cine una «fogosa» felicitación, le nombró superintendente de todos sus reinos, con derecho a diez calderas individuales y a diez condenados que le llevaran la cola, con otros privilegios y menudencias que no hay por qué detallar...